

recobran sus fueros, y someto la variedad a la unidad. Al principio no veo claro el plan y desenvolvimiento de la obra. Encaro la idea de ella por la faz que primero se me presenta, y mientras voy escribiendo, el plan se va haciendo en mí. Son así simultáneas la concepción del plan y la ejecución. Para la forma soy descontentadizo y obstinado. Percibo muy intensamente el *ritmo* de la prosa, y procuro obtenerlo. *Escribo mentalmente* casi sin cesar, aun en la calle, aun en la mesa. Mis borradores suelen ser un montón de girones de papel, de toda forma, especie y tamaño. No tengo, para excitar la fantasía, un gato a quien pasar la mano, como se cuenta de un autor célebre; pero aseguro a Ud. que casi no puedo escribir de seguida sin

tener a mi alcance un diario, periódico, o libro, que de vez en cuando tomo para palparlo, para *estrujarlo* (y así he echado a perder muchos inocentes volúmenes) y hasta para aspirar su aroma, si es impreso nuevo, el incomparable aroma del papel y la tinta.

Pero basta de puerilidades.

De su país recibí hace pocos días unos cuentos de Clemente Palma, verdaderamente preciosos.

¿Se produce, se escribe mucho?

Espero noticias de Ud. y me complazco en repetirme su affmo. amigo,

JOSÉ ENRIQUE RODÓ

Del *Epistolario* de Rodó, publicado hace poco por el diligente literato D. Hugo de Barbagelata en su cada vez más interesante Biblioteca LATINO-AMERICANA.

CARABOBO

(NARRACION HISTORICA)

POR RICARDO J. ALFARO

EL CAMPO DE BATALLA

EN la región central de la hermosa tierra venezolana, al Sur de la ciudad de Valencia, se encuentra una plácida llanura asentada sobre uno de los contrafuertes orientales de la cordillera de los Andes. Límitala por el Occidente un bosquecillo poco espeso que rompe con su fresco verdor la monotonía de la grama extendida sobre la planicie como las aguas de un mar tranquilo. Al Oriente, el río Paíto desliza suavemente sus ondas rumorosas. Por el Sur, una cintura de colinas forma el límite del llano. Dos caminos reales parten de su centro: el de la izquierda conduce al Pao; el de la derecha va a San Carlos. Estas dos poblaciones forman la base de un triángulo equilátero en cuyo vértice se encuentra la de Tinaquillo, al Sur de la altiplanicie. Entrase a ésta desde allí por un desfiladero estrecho y frágil dominado por el cerro de Buenavista, eminencia desde cuya cumbre se disfruta la contemplación de un paisaje encantador. También da acceso a la llanura una vereda aun más angosta y escarpada que arranca a la izquierda del camino real de San Carlos y sigue por la cima de un pequeño collado para salir a una abertura estrecha situada al Poniente, y bordeada de cerros que la dominan. Esta plácida llanura donde la imaginación se siente invitada a evocar tan sólo el suave ondular de las gramíneas, el mugir del ganado, la canción con que el campesino alegra sus faenas agrícolas; esta pradera risueña donde el cielo es azul, fértil la tierra, benigno

el clima y donde la naturaleza toda parece cantar un himno a la vida, fué hace un siglo teatro de muerte y de destrucción; su suelo se empapó en sangre y trepidó bajo el peso marcial de once mil combatientes: es la llanura de Carabobo, donde Simón Bolívar ganó el 24 de Junio de 1821 la batalla legendaria que consagró la emancipación política de Venezuela.

¡LA SITUACIÓN ANTERIOR A CARABOBO

A principios de 1821 la situación de los patriotas era de ansiosa expectativa. España y Colombia debían ajustar la paz o llevar a cabo el duelo final que decidiese la suerte de Venezuela. Cimentada en Boyacá la libertad de Cundinamarca, era preciso para el afianzamiento de Colombia destruir los fuertes núcleos realistas que mantenían enhiesto en Venezuela el pabellón de la monarquía.

La paz, una paz fundada en el reconocimiento de la Independencia era el anhelo de los que por ella venían luchando hacía diez años. Los españoles también deseaban la paz, pero dándole como base la sumisión a Fernando VII. No fué posible el avenimiento definitivo, pero se había logrado celebrar un armisticio en noviembre de 1820, sellado por el Libertador y por Morillo en el histórico abrazo de Santa Ana.

La situación militar era distinta a la de los primeros años de la revolución. No peleaban ya únicamente partidas o montoneras. Subsistían las guerrillas, pero tan sólo como auxilia-

res de los grandes núcleos centrales. Verdaderos ejércitos sostenían las dos causas beligerantes. La lucha armada se había regularizado y engrandecido. También se había hecho más humana. Las atrocidades de la guerra a muerte quedaban reemplazadas por los actos caballerescos del armisticio. Realistas y republicanos habían empeñado su honor en hacer la guerra conforme a los usos y costumbres propias de naciones civilizadas.

Habíase pactado una tregua de seis meses, sujeta a rompimiento mediante aviso anticipado de cuarenta días. Las penalidades del Ejército movieron al Libertador a romper el armisticio. La inacción le era perjudicial. Había dificultad en encontrar víveres adecuados para la tropa. Cundían las enfermedades entre ellas. La concentración de las grandes masas que componían el ejército creaba problemas conocidos antes en muy reducida escala. Los cuarteles se despoblaban. Los hospitales se multiplicaban. «No podemos quedar en la inacción porque moriríamos de hambre y de peste», decía Bolívar a don Fernando Peñalver. Y en carta dirigida al general español La Torre, agregaba: «Entre el éxito dudoso de una campaña y el sacrificio cierto de nuestro ejército por la peste y el hambre, no se puede vacilar».

Bolívar decidió romper el armisticio y para ello hizo La Torre la notificación anticipada de cuarenta días. Las hostilidades, en tal virtud, debían comenzar el 28 de Abril. Los campeones se apercibieron para el gran encuentro definitivo.

BOLÍVAR, GENIO DE LA ACCIÓN

EL Libertador desplegó actividad inusitada en la organización de la campaña de 1821. Desde el cuartel general de Trujillo, donde se hallaba al tiempo de declararse el rompimiento del armisticio, multiplicaba órdenes, expedía proclamas, recibía partes militares, despachaba su correspondencia civil. El aprovisionamiento de las grandes masas que esperaba reunir le inspiraba interés primordial. Ordenaba a Páez empotrerar reses en las márgenes del Apure. Despachó comisiones a cargo de Gómez y Guerrero, para traer reses y caballos al ejército de su mando. Cedeño y Rosales debían también recoger ganado, conducir y distribuir vestuarios, frazadas, calzados para los diferentes cuerpos de operaciones. Expedía patentes de corso para hostilizar de ese modo los trasportes marítimos de España. Sostenía activo y eficaz servicio de espionaje para conocer los movimientos del enemigo y mantenía expeditas sus comunicaciones con los diferentes comandos.